



LA SEMANA POLÍTICA

El crecimiento que ya no fue

Termina un nuevo año sin que la economía del país logre despegar y, lo que es más grave, con una capacidad de crecimiento a mediano y largo plazo que se sigue deteriorando, ubicándose ya en un pobre 2%. La administración de Gabriel Boric parece ya haber asumido con resignación que su período será el de peor crecimiento económico desde 1990, sin que ello lo lleve a hacer las rectificaciones de fondo y de gestión que se requieren para revertir esa deriva. Y es que, a pesar de los discursos voluntaristas de ahora, al Gobierno le será imposible cosechar aquello que no ha sido sembrado.

Ello es lamentable, pues la experiencia muestra que cuando un gobierno de izquierda apuesta decididamente por el crecimiento es mucho lo que el país puede avanzar en mejorar efectivamente la calidad de vida de las personas, ya que en ese empeño suele contar con el apoyo o al menos con una menor resistencia de sectores de la oposición.

El Presidente Boric ha reconocido más de una vez, en tono de autocritica, que en su programa y campaña electoral de 2021 el crecimiento económico "es algo que quizás no estaba en el centro de mis preocupaciones". Algo insólito para cualquier observador, pero que sin embargo era coherente con lo que había sido su carrera política previa, en que promovió políticas y cambios que contribuían precisamente a debilitarlo, sobre la base de la creación de "otro modelo" que potenciaba la acción del Estado, rigidizaba el mercado laboral, descreía de la apertura co-

mercial con el exterior y, en general, demonizaba el lucro en los más diversos ámbitos. Era la época en que se criticaba con dureza los "30 años", como cuando en 2021 Giorgio Jackson, uno de los indiscutibles líderes del Frente Amplio, con una pretendida superioridad moral acompañada a veces de ironía, se refería al gobierno de Lagos como aquel "en que no se cuestionaban mucho las cosas"; "el que permitió que todos los negocios fluyeran casi libres"; el que "aceptó administrar un modelo y la radicalidad es que existiera un Plan AUGE". En el mismo tono reprochaba la gestión del ministro Boeninger durante el gobierno de Aylwin, ya que, a su juicio, le había puesto un "silenciador a los movimientos sociales".

El propio ministro Marcel —que, naturalmente, tenía una trayectoria muy distinta— al ser designado en el cargo daba cuenta de que su "rol será ayudar a crear las condiciones económicas, financieras y operacionales para que los compromisos establecidos con la ciudadanía se puedan cumplir". Es decir, estaba para contribuir a que el programa de gobierno se materializara. Un proyecto político en el que poco y nada había de crecimiento, pero mucho de reformas estructurales para terminar con el llamado modelo "neoliberal". Todo ello, en medio de una Convención Constitucional cuya controvertida propuesta el ministro, para sorpresa de muchos, entusiastamente apoyó, y solo el abrumador rechazo de la ciudadanía impidió que se materializara un texto extremo y regresivo.

Y es que, a pesar de los discursos voluntaristas, al Gobierno le será imposible cosechar aquello que no ha sido sembrado. Ello es lamentable, pues la experiencia muestra que cuando un gobierno de izquierda apuesta decididamente por el crecimiento es mucho lo que el país puede avanzar.